

cabo de la vela por encima de su cabeza, sin dejar de mirar al suelo. La entrada de la cripta es una trampilla, como la de un bodega, y a ella se baja con una escalera rústica construida con el bastidor de una vieja puerta de casetones que el sacristán iluminó escasamente dejando el pábilo en el suelo. Cuando Paulino descendió por el escotillón —sólo asomaba su cabeza y su barba se puso, por vez primera, que yo sepa, a nivel del suelo— la mujer insistió:

—Es que ustedes son del cine.

—Nosotros no. Pero ese señor —ese caballero, mejor dicho— sí que lo es.

—Ya decía yo —dijo la mujer.

De la oscuridad de la nave de la iglesia llegó entonces el taconeo apresurado de unos zapatos femeninos. «¿Pero qué es lo que se ve ahí?».

—Baja y verás.

Había vuelto la joven. A la luz del pábilo tenía las mejillas coloradas y la respiración entrecortada, pero en su boca se dibujaba la misma sonrisa de picardía. No se había arreglado el peinado y vestida con la misma bata de percalina barata, se había aflojado más su escote. Únicamente había trocado sus zapatillas de fieltro rojo por unos zapatos negros, de tacón alto.

—Bueno, eso ya es otra cosa.

—La chica sabe lo que tiene que hacer —dijo la mujer, con suficiencia.

—¿Pero es que usted no baja?

—Baja tú primero, criatura, no sea que yo me ponga nervioso.

El sacristán rió entre los dientes y, encendiendo otra vela, fue hacia el altar mayor. La chica hizo un guiño y apoyó el empeine del zapato en uno de los agujeros de la puerta transformada en escalera.

—Ten cuidado, mujer —dijo la celestina—. Recógete el vestido no te vayan a ver esos señores las pantorrillas.

—Bastantes pantorrillas tenemos aquí —salió una voz desde dentro del escotillón.

—Pero esas están secas —respondió la mujer con rapidez y descaro—. A ver si son de comparar con las de esta criatura.

—¿Y usted no baja? —le pregunté, subido a la escalera.

—Buena gana, ver tanta carne seca. A nosotras nos gusta la carne fresca —contestó, poniéndose en jarras—. Bueno, cuando la hay.

En la cripta se conservan treinta o cuarenta momias, casi todas colocadas de pie, apoyadas entre sí y contra la pared. Son de pequeña estatura y hay algunos niños. Existen dos versiones respecto a su origen: lo cierto es, al parecer, que se trata de algunos miembros de la familia del fundador de la capilla —don Francisco de Rojas y Esco-

bar, embajador de los Reyes Católicos—que fueron sepultados allí y se momificaron como consecuencia de la estanqueidad del recinto. Pero otra interpretación, más cara a los vecinos del barrio, afirma que los enfermos de una antigua epidemia—que al tiempo que la muerte del enfermo acarreó la destrucción de los gérmenes encargados de su descomposición—fueron introducidos allí y tabicados a fin de cortar la propagación del mal. Muchos de ellos conservan sus hábitos; las telas sufren una transformación paralela a la de la carne y se convierten en polvorientas gasas. Una momia con traje talar y bonete de canónigo se apoya displicente en un rincón, un poco al margen de los demás, y parece burlarse de ellos con gesto sardónico; un visitante poco escrupuloso dejó en su boca una colilla: yo no había visto hasta entonces, y de manera tan real, lo que siempre creí que no pasaba de ser una caricatura abyecta. Se llega a pensar que si el español tiende con tanta frecuencia al humor negro es porque, en una ocasión o en otra, siempre le ha sido dado presenciar una manifestación real de él.

Un buen número de las momias tiene la boca entreabierta y, desaparecido ya el gesto terrible que se produjo en el momento en que la muerte sustituyó a la vida, han vuelto a adquirir una nueva expresión y una cierta personalidad que trasciende a sus narices chatas, sus órbitas vacías y sus bocas entreabiertas; se diría que respiran paz, asombro y aquiescencia. Y todo induce a pensar que entre ellas, a solas, se establece uno de esos mortecinos y desdibujados diálogos que—entre dos actuaciones—los comparsas se ven empujados a cruzar, apoyados en los bastidores, para amenizar sus largas ausencias de la escena. Uno de ellos, que reclina su cabeza sobre el hombro de una dama que soporta su cautiverio con dignidad y entereza, aprieta entre sus dientes un pequeño pedazo de bayeta que ha perdido todo color: y si el visitante—creyendo que se trata de otra profanación—trata de sacarla de su boca se apercibirá de que es la lengua, tan firmemente agarrada a sus secas entrañas que todo el esqueleto se estremece a efectos del tirón, al tiempo que sus compañeros se arrebullen para acompañarle en su breve y delicado movimiento. El único que no parece inmutarse es un severo cadáver femenino, cubierto con unas sayas que recuerdan el hábito de una monja, y cuyas escurridas caderas contrastan con la redondez y protuberancia de aquellas otras que gozaron—se diría—de una vida más profana y más galante. Cuando la joven, encaramada en la mitad de la falsa escalera, luciendo sus tobillos como una actriz de revista ante aquel público absorto e indiferente, quiso subrayar la oportunidad del comentario con un movimiento de sus piernas y su cintura, llegó de arriba la voz de la celestina:

—Suba uno de ustedes, que no sé qué le pasa al sacristán.

Había tropezado con el mismo escalón cuya presencia nos había advertido al introducirnos en la sacristía y, caído en el rellano, permanecía inmóvil e inerte, como una tortuga vuelta patas arriba.

—Ayúdeme usted a levantarme, que no me puedo ni mover—dijo el hombre, sin súplica ni queja, como quien constata un hecho palmario.

Cuando le volví a entregar el manojito de llaves, tras cerrar la cancela, añadió:

—Si no llegan ustedes a levantarme, ahí me quedo para toda la vida.

—Bueno, hija—dijo la celestina—, vamos a casa, que estos señores se van al cine.

Uno de nosotros, a fuer de justificación y consuelo, le quiso explicar que al cine solamente podía ir el caballero de la barba y ella—mientras la sobrina, o lo que fuera, sonreía y contemplaba sus tobillos dejando caer el escote por donde asomaban unas pechos menudos—contestó, de manera epigramática, solemne y sentenciosa:

—El cine es la vida.

Ese espíritu de sofocada rebeldía y de anhelo cistoledano no procede de una edad pasada, sino de un tiempo de descontento. Porque la ciudad que hoy vemos no parece demasiado orgullosa de sí misma y en cuanto a aprecio... lo demuestra más por una cultura y unas formas que le vienen de fuera que por un respeto a su tradición cultural, artística e histórica, la más importante acaso del país. Se diría que a la postre el ánimo materializado por el Hospital de Afuera no ha ganado la partida mediante la conquista de la ciudad que sitió, sino más bien gracias a una contaminación. Ahí está esa ciudad que cuando menos no pudo ser reducida, tras cinco siglos de tentativas inútiles, al espíritu rectilíneo y ordenancista que ha animado a la comunidad europea desde que soplaron los primeros vientos renacentistas. La ciudad ha quedado, pero la comunidad que la edificó, perdida por un sinnúmero de migraciones y transformaciones sociales, dejó una descendencia huérfana de todo afán de preservación. La dejó en manos del Hospital de Tavera, enfrentado a Toledo como un símbolo del nuevo culto a la vida: son el Día y la Noche, la Vida y la Muerte, el Futuro y el Pasado. Y aquellas generaciones carentes del espíritu ancestral, condenadas a vivir en el oscuro laberinto de sus mayores, se conjugaron para adorar el ídolo del vencedor, para renegar de una fe que les encadenaba a las tinieblas y las humedades, a las calles tortuosas y las criptas tapiadas y las enigmáticas inscripciones de un lenguaje incomprensible.

Por eso se ha mantenido el asedio: porque todos aquellos que tan celosa y rápidamente renegaron de su *habitat* no se decidieron nunca a abandonarlo; o no pudieron hacerlo, inmovilizados en su última postura como el pobre sacristán de San Andrés. Y resultó de ahí, como no podía ser de otra manera, una ciudad enajenada, con la mirada puesta en otra parte, con el rencor y el malestar hacia su propio hogar acallado tan sólo por respeto a las frases de admiración que desde Madrid, desde Roma, desde América o desde los propios cigarrales, lanzaron por doquier los enamorados de Toledo. Que había amor, no hay duda; pero que quedó en frases—y a lo más en libros—también es verdad. Los toledanos han sido sin duda los testigos más señalados—y más constantes—de un fenómeno peninsular: que el amor de los españoles por sus propias cosas se traduce en promesas, garantías y cantos de alabanza, pero nunca en un acto matrimonial. Que el amor de los españoles es celoso, pagado del honor y prohibitivo, pero no generoso.

—El cine es la vida—dijo la mujer.

Toledo es hoy un milagro; un milagro de las piedras y de los papeles mucho más que de los hombres. Pero un milagro, llevado a cabo en parte por un decreto real, o por una orden ministerial, en el que no es posible confiar por el hecho de que se haya reiterado hasta ahora. De hecho ha sido tan frecuentemente contradicho y vulnerado que mueve a considerar si no obra un cúmulo de artificiosos procedimientos para mantener vivo un organismo que ha dejado de tener espíritu; un organismo que sueña con un polo industrial propio y una ciudad de bloques cúbicos asentada en la vega, pero que no para la menor atención a las ruinas de San Juan de la Penitencia; que esconde la vista para no apercibirse del estado de ese barrio que mira hacia el Sur; que no sabe hacer otra cosa en el solar donde nació Garcilaso que colocar en una tapia medio derruida una contradictoria lápida (un «humilde recuerdo» de la «Imperial Ciudad») en la que se sintetizan los contrasentidos de un pueblo que ya no es capaz de una cierta lógica: que en su día toleró la erección del Seminario o de esas dos casas de vecindad, próximas al Alcázar, que han alterado definitivamente una silueta declarada de interés nacional; y que ahora sólo aspira a convertir el gran solar de la Trinidad en la morada de unos funcionarios públicos.

Llega uno a pensar si no sería preferible abandonar tal estado de hipocresía y dejar que prevalezca la sinrazón de los interesados. Liberar la ciudad de su eterno asedio arqueológico para autorizar su ocupación por otro espíritu muy distinto, a tono con los tiempos que

corren, en el que tantos españoles son capaces de encontrar los mejores frutos de la vida.

—El cine es la vida—dijo la mujer que pelaba patatas.

Y quiero recordar que cuando yo hacía el servicio militar en Toledo, vi un bamboleante grupo de cabezudos que en el Zocodover esperaba pacientemente el momento de echar a andar por las calles abarrotadas de un público en fiestas: detrás de unos reyes y figuras de baraja, había una trinidad que acaparaba casi toda la atención y la alegría de la gente: eran Popeye, Groucho Marx y Stan Laurel, que echaron a andar a pocos pasos de los gigantones históricos mientras recibían las aclamaciones de los toledanos, como los verdaderos detentadores de un poder que sólo en apariencia seguía en manos de las figuras tradicionales.

Hoy en día la tradición en Toledo sólo la mantienen las piedras. Y quién sabe si la mejor actividad de los hombres, ajenos por completo a tal preservación, no se dirige precisamente contra esas piedras que, con su fiel permanencia, tanto parece ofenderles. Porque en cuanto obra el menor pretexto, las piedras caen... San Juan de la Penitencia, la casa de Garcilaso, San Lorenzo, la casa del Diamantista, los edificios militares frente a Santa Cruz, todos yacen por el suelo, mientras Toledo sigue soñando en un polo de actividad industrial y una ciudad de bloques, de renta limitada. Todas las puertas de la catedral se hallan salpicadas de pasquines de una propaganda religiosa del acento más moderno y llamativo: un misionero salta de un helicóptero; pero quizá ese misionero no habrá visto nunca una selva más tupida, feroz, abandonada y hostil que el jardín del claustro de esa catedral.

En la subida al piso alto de ese claustro había antiguamente, trazado con grandes caracteres negros bien visibles sobre el fondo enjalbegado, un asombroso letrero que ahora ha borrado—sin duda—un canónigo muy pagado de la lógica y del sentido del ridículo, pero muy sensible a la gracia de las cosas y al regocijo de sus vecinos. Aquel letrero, que se debía restaurar como una pieza arqueológica más, decía así:

«SE PROHIBE JUGAR A LA PELOTA
CON PELOTA O SIN ELLA»

Es muy posible que los toledanos se hayan cansado de jugar a la pelota sin pelota; de tener los dientes largos por culpa de una civilización que desde el siglo xvi, tras haber avanzado sobre su ciudad, se ha detenido en la vega sin decidirse a subir al casco de la plaza fuer-

te (*). Es muy posible que ellos sean los últimos responsables de un espíritu que —quitando cuatro arqueólogos, cuatro pintores, cuatro poetas y un sinnúmero de turistas que ni siquiera hacen noche en lo que llaman ciudad de ensueño— si le permitieran olvidarse de las ordenanzas y quitarse la máscara de la hipocresía, desearía ver a Toledo trasladado al Gran San Blas. Incluso es posible que una parte de la responsabilidad venga a caer sobre la beatería arqueológica, incapaz de comprender que no hay conservación posible si no hay morada. Porque para vivir allí decentemente no se puede tener el espíritu puesto en otra parte —en el cine— y resulta necesario inventar un estímulo y un acomodo que devuelva al redil a los tenaces partidarios del Hospital de Afuera. No es sólo asunto toledano; es asunto de todos los españoles que los toledanos tengan su pelota, no ya pelota vasca, sino —precisamente— toledana.

JUAN BENET
C/ Valázquez, 47
MADRID

(*) Se han cansado y reniegan de aquella Vida Pobre a la que un día dedicaron una calle.